



Circe Urania Sencial Gómez*

Romelia Gómez viuda de Tamayo

Acuarelista y cómplice del muralista en el hogar

“En la población de Anorí, el día 12 de agosto de 1895, a las 4 de la mañana, nació Romelia. El día 6 de septiembre del mismo año, fue bautizada por el Presbítero Eloy María Rojas, sirviendo de padrinos, su tío político Juan B. Tamayo (que estaba ausente) y su tía paterna Angelina Gómez.” Este texto se saca del libro *Mi noviazgo*, escrito por su padre, abogado Jesús Gómez González.

A mi tía Romelia siempre le dije Moma, pues tal vez de pequeña no fui capaz de pronunciar Romelia. Tuvo Moma seis hermanos y dos hermanas. Ella fue la cuarta. Primero nacieron: Rafael Emilio, Marco Tulio y Jesús Eduardo a quienes en la vida cotidiana les decían: Rafael, Tulio y Jesús. Después de ella, estaban, en orden de edades: Jorge Enrique, Pedro Nel, María Luisa-Vita-, Juvenal y Sofía-Zozka-.

A Moma le encantaba contarme historias de la selva, de la selva tropical del bajo Porce, historias contadas especialmente por su padre y las personas mayores que la rodeaban. Me contaba cómo le ponían trampas al tigre, para que no los

atacara; los cuidados que debían de tener mientras buscaban minas, para no confundir un verrugoso con el tronco de un árbol. Cómo era de duro permanecer allí, la dormida, la alimentación, acostumbrarse a los sonidos de la selva y la vivencia de los mitos. Para quienes le contaban a ella esas historias no eran mitos era la interpretación de su mundo. Además, todas esas historias también fueron la cotidianidad que vivió el Maestro Pedro Nel, en su infancia.

Moma llegó a Medellín teniendo más o menos seis años. Su padre les hizo a todos la primaria en la casa, no fueron a la escuela; los hombres se presentaron al Liceo de la Universidad de Antioquia, para hacer el bachillerato. Las mujeres no. Las mujeres no podían cursar el bachillerato, a causa de las tradiciones de exclusión de la época. Ellas, mis tías y mi madre fueron personas muy cultas, a pesar de sólo haber asistido, mi madre, al Colegio de La Enseñanza, donde le enseñaban a hacer sus deberes - no sé las monjas que considerarían como sus deberes-, Moma y Vita, fueron al colegio fundado por su padre

* Ingeniera civil. Universidad Nacional, sede Medellín.

y el doctor Luis de Greiff, donde hicieron amistad con María Cano. Entre Moma y María Cano, hicieron un panfleto que les costó la echada del colegio. Deduzco que en el hogar de don Jesús Gómez y doña María Luisa Agudelo, hubo mucha comunicación entre padres e hijos y entre los hermanos. Según dice don Jesús en su libro, fue un hogar feliz: “La virtud, la paz y la dicha sonrieron siempre en el santuario de su hogar”, a pesar de la muerte temprana de Rafael y Jesús.

Cuando nací, Moma ya había vivido lo suficiente para ser una persona llena de conocimientos y experiencia. Autodidacta, especialmente sentía el arte, le gustaba pintar, le gustaba enseñar, conversar, transmitir todo ese universo que llevaba por dentro. Para mí, era una tía sabia con el don de enseñarle a toda persona que estuviera a su lado; esa fue su profesión o su destino. Por ejemplo, me mostraba cómo distinguía los colores tocando telas u objetos con las manos, sin mirarlos. Sabía tantas cosas que se le sentía un aura de autoridad, de ser un “ser” superior. No sólo por sus conocimientos, sino por lo que ella era.

Disfrutaba sentándome a su lado cuando pintaba las montañas, los atardeceres, las flores, y me explicaba cómo sentía el paisaje, la luz, los colores que esta daba, el aire, la vida. Salir a pasear con ella era un reto. Miraba las montañas y se quedaba pensando. Luego me invitaba para que saliéramos de madrugada con el fiambre, un bordón y un plan: transmontar o subir a la cima de alguna montaña. Nuestras metas siempre se cumplían. Le gustaba vivir en el campo, para disfrutar de la vida.

Cuando pude compartir con ella era una viejita incansable, maestra de escuela, razón por la cual la perdía de vista por temporadas largas. Mientras tanto, Zozka –mi madre- me contaba historias de ella, su hermana mayor y la mayor de las mujeres. Me decía: “Es una mujer muy guapa, siempre llevó sobre sus hombros un hogar de ocho hermanos entre hombres y mujeres, una madre inválida desde muy joven a causa del reumatismo y un padre que se ausentaba por períodos largos para poder asistir al Congreso de la República”. Continuaba mi madre:” Le pueden pasar carros, carretas por encima, y sin embargo, sigue en pie”.

Sí. Moma quería ser pintora, médica, científica... a principios del siglo XX, en Colombia. Sueños imposibles de cumplir en sus circunstancias; sin embargo, estudió hasta donde la sociedad y sus condiciones se lo permitieron. Pero, a cambio, hizo todo lo posible para que su hermano menor, Pedro Nel, sí lo pudiera hacer, permitiéndole la posibilidad de ir al Instituto de Bellas Artes a estudiar todo lo que allí, en ese momento, le podían ofrecer. Fue ella la cómplice del Maestro. Su padre, hombre culto, inteligente y de prestigio, consideraba que ser artista era un limitante para llevar a cabo un proyecto de vida. Como Moma también era artista y sabía el dolor de la frustración, se propuso ayudarle como fuera a su hermano: así, a pesar del cansancio por el trajín de todo el día, se quedaba despierta esperando que llegara de estudiar pintura en Bellas Artes, para entrarlo por la ventana. Mi madre me decía hablando de ella: “Se dormía en clase porque ya no podía más. La profesora comprendía y no dejaba que la despertaran, pues ella también

sabía de los esfuerzos que Moma hacía para estirar la vida como si fuera un caucho”.

En las primeras décadas del siglo XX, los comentarios en los círculos sociales eran que la familia heredera de Gómez González, iba a ser una de las más ricas de Colombia, pues don Jesús había titulado muchísimas minas en la región de los ríos Porce, Nechí, cerca a las poblaciones de Anorí, Segovia, Zaragoza. Todavía se conservan las escrituras de las hijuelas recibidas por los herederos y las herederas, cuando se hizo la sucesión.

Al morir el abuelo, los hombres de la familia ya eran todos profesionales, casados, y pensaban sólo en ellos. Quedaron las mujeres, cuidando a la abuela- la Nona-. Con las últimas regalías recibidas - *pues algo pasó con las minas y la compañía minera La Pato, una transnacional dedicada a llevarse nuestro oro*- ellas alcanzaron a vivir algunos años, y para asegurar su subsistencia, las tías compraron una finca, cerca de Boquerón, al lado izquierdo de la carretera que conducía de Medellín a Santa Fe de Antioquia. Lindísima la finca, yo la alcancé a disfrutar. Casa colonial en tapia pisada, con más de 150 años de construida, agua propia, una huerta inmensa y plana, nivelada con un vallado en piedra, bosque de sombrío para el café y potreros para el ganado. Bien abajo por la ladera, dentro de un bosque, se encontraba una casita que debió ser la de los mayordomos. Me gustaba ir allá y sentir cómo pudieron vivir quienes en otros tiempos la habitaron.

Viviendo de ese paraíso, llegó la Violencia de los años 50. Lo que sigue es triste, doloroso y criminal. Abajo, más abajo de la casita que fue

de mayordomos, pasaba un camino real. A esa vereda, por donde pasaba el camino real y estaba la finca, la llamaban Las Travesías. Allí, a lado y lado de lo que podríamos llamar carretera, pues todavía no era carretera sino un gran camino había, a un lado, una tienda, la única en todos los alrededores, y al frente, una casa grande con corredores de chambranas en macana, pintada de azul claro. Yo estaba pequeña para entender muchas cosas. En esa casa había una señora que se suponía era la abuela, una mamá, joven, con muchos niños chiquitos y el dueño de la tienda. Alguna vez escuché que los niños eran del señor Ospina, dueño de la tienda y de su hija.

Parece que este señor, cobijado por las órdenes del gobierno, decidió matar a mis tías y adueñarse de su finca. Un día mis tías encontraron los perros muertos, al otro día, les habían mandado picar auyamas a las vacas, cosa rutinaria, pero esta vez, el ganado fue envenenado también. Faltaban ellas. Seguidamente, llegaron una noche muchos hombres que empezaron a rastrillar las peinillas, contra las piedras del patio gritando a la vez: “*Viejas liberales hijueputas, se van de aquí o las vamos*”. No había otro remedio. Sólo salir corriendo como se pudiera ... pero no tenían dónde llegar. En su haber estaban todos los enseres que fueron de la casa de los abuelos, especialmente los muebles de la sala, diseñados por el Maestro Pedro Nel para sus papás y muchos cuadros de él, pintados en su infancia y juventud, mientras hacía la carrera en la Escuela de Minas. Es decir, eran los muebles que antes pertenecieron a una familia grande. Lo que pudieron sacar en mulas, lo bajaron a San Cristóbal, un municipio cerca de Medellín, donde consiguieron un carro de tras-

teos para llevar lo poco que salvaron a una pieza alquilada, en el barrio Manrique de Medellín. Mientras tanto, ellas, conseguían una casita en el municipio de Bello, que era un lugar fundado por obreros de las fábricas de textiles: Coltejer, Fabricato, etc. Económicamente quedaron en la miseria. No sé de qué vivieron y cómo pagaron el alquiler de esa casita, lo que sí alcancé a captar fue el dolor que sintieron cuando se dieron cuenta que la gente de la casa donde dejaron las cosas guardadas, violentó la puerta y saquearon lo que pudieron. Como quien dice, al caído caerle. Quedaron en la miseria y yo, para ese entonces, era una niña. No estaba en capacidad de ayudarles. *Esa fue la Violencia de los años 50, para ellas, como para muchas otras familias colombianas.*

Así las cosas, Moma buscó ser nombrada como maestra de alguna escuela del departamento, donde poder trabajar. La mandaron, en distintas épocas, para las veredas: La Linda, del municipio de Bolívar, La Arcadia, vereda del municipio de Fredonia, de donde tenía que salir varias horas a caballo para cualquier diligencia, La Ceja, Arboletes, Necoclí, Mulatos, Nariño.

Mientras tanto, fui creciendo, estudié y lo primero que hice fue gestionar la compra de un apartamento del Instituto de Crédito Territorial. Sus hermanos no se solidarizaron con ellas en esos momentos tan difíciles. Sin embargo, hubo alguien a quien no tuve la suerte de conocer, pero fue la salvación de esta situación. El Instituto de Crédito Territorial, en esa época, dio un gran apoyo con vivienda a la gente desplazada por la violencia. Cuando solicité al ICT la adjudicación de un apartamento para mis tías y mi mamá, la

explicación que me dieron, fue: “La reglamentación no lo permite, por no ser usted la cabeza de esa familia, ni ser quien vaya a habitar el inmueble”. Mis razones tenían fuerza, eran lógicas, pero no estaban en la norma. Eran dos mujeres solas y mi madre - quien acababa de quedar sola por yo haberme casado y mi padre haberse ido a vivir donde su hermana-, sin en donde vivir, de edades muy avanzadas, sin ninguna clase de ingresos económicos y que contaban sólo conmigo. Mi propuesta al ICT fue la siguiente: “Me hago cargo de la deuda, el apartamento queda a nombre mío pero son ellas quienes van a vivir en él, hasta el día de su muerte”. La situación se salió de las manos de la Regional Antioquia del ICT, el asunto pasó a la Gerencia Nacional, en Bogotá. Luego, a la Junta Directiva Nacional, donde fue analizada mi solicitud. Me contaron que hubo un señor de apellido Bonell, quien argumentó la singularidad de mi petición, teniendo en cuenta que el criterio de adjudicación, en ese entonces, obedecía a los rígidos criterios que se sustentaban en el modelo de familia nuclear biparental. Bonell luchó hasta conseguir que me adjudicaran el apartamento. Así fue. Y lo consiguió. Ese acto valeroso de este señor, permitió que dos mujeres golpeadas por la violencia, más mi madre, pudieran vivir una vejez tranquila, recuperando su dignidad.

De ahí en adelante, yo seguí ejerciendo como la proveedora y no solamente la proveedora en asuntos materiales, era el sostén afectivo y emocional de ese hogar. Sin embargo, no había como cubrir su salud, pues ellas no cumplían los requisitos para la afiliación al ISS. No todo el mundo estaba en el Seguro Social y menos quien no

tuviera trabajo. Para Moma, en sus condiciones de salud y de edad, le era muy difícil llegar a Medellín para una consulta médica. Con “morideras”, como ella decía hablando del malestar que sentía cuando, seguramente, tenía la presión alta. Trabajó hasta el último día de su vida. Murió a la edad de 74 años de un derrame cerebral, que sufrió estando en una vereda del municipio de Nariño, Antioquia.

Sus haberes en ese momento eran: una mesita de madera con un pequeño cajón, ese era el escritorio; una ollita negra, negra de hollín; una barra para el jardín; una mano de piedra de las que tenían en la casa paterna y una caja de acuarelas todas gastaditas... Las condiciones económicas de Moma eran bastante precarias, no tenía como comprar acuarelas de marca, ni papel de acuarela. Estas dos cosas fundamentales en una técnica tan exigente como la acuarela, no le permitía darle la transparencia, el juego de la luz como ella hubiera querido. Hizo milagros. Tal y como cuando el Maestro Pedro Nel pintaba en las pastas de los cuadernos o en tablitas, como algunos óleos que yo conservo...

Esos enseres de uso doméstico los tengo yo. No sólo los de Moma, sino lo que logró salvarse de lo que perteneció a la casa de sus padres y que hay que conservar. Pienso que puede haber varias opciones entre las cuales decidir sobre dónde deben quedar esos enseres, muebles, retratos, cuadros y dibujos del Maestro Pedro Nel, que fueron de la casa paterna y materna.

Romelia -Moma para mí- se preocupó mucho por las mujeres del campo, les enseñaba a leer,

les enseñaba corte y costura. Les mostraba como era posible hacer obras de arte con una aguja o con tejidos como crochet. Y hacía que sus maridos les compraran máquinas de coser. Es decir, cuando ella salía de una vereda, todas las mujeres quedaban capacitadas para llevar una vida mejor, porque podían curar muchos enfermos usando las hierbas medicinales, como esta receta de las siete hierbas, para la diarrea: “*Acedera más Verdolaga, Masiquíá, cáscara de Granada, Caña Agria, tres cogollos de Guayabo Agrio y cogollos de Guayabo Dulce*”. O, usar el Cordoncillo para sanar heridas, desinflamar y desinfectar. También, a usar las hojas de frijol en emplastos para las quemaduras graves. Casi como una farmacia en la casa. Ella sabía muchísimas más recetas que no tuve la visión de conservar por escrito. Por eso las mujeres veían cambiar su vida, y verla con mayor entusiasmo, porque se sentían seguras de ellas mismas. La gente se siente feliz, aprendiendo a vivir.

Esta gran mujer murió el 10 de enero de 1970, en el Hospital San Vicente de Paúl, en Medellín, donde estuvo cuarenta días después de sufrir un derrame cerebral.

Todo lo dicho aquí sobre Romelia -Moma- son vivencias, recuerdos y relatos escuchados por mí, su sobrina, que tanto la quiso y admiró, Circe Urania Sencial Gómez.

Nota: Para el Grupo Mujer y Sociedad y la Revista En Otras Palabras, es un orgullo publicar este texto de Circe Urania Sencial, nuestra querida compañera y amiga, sobre su antepasada Romelia Gómez Agudelo.